Seix Barral Biblioteca Breve

Adolfo Couve

Narrativa Completa

CUANDO PIENSO EN MI FALTA DE CABEZA

(La segunda comedia)

A Carlos Ormeño

I. CUANDO PIENSO EN MI FALTA DE CABEZA

EL HOMBRE DE CERA

Landas áridas, sinuosidades del secano costero, hierba hirsuta, como sobrepuesta, dando la impresión de que el viento pudiera cambiar a su amaño.

Abajo, a distancia, el mar, Cartagena.

De sobra es sabido que, tiempo atrás, mi ambicioso e iluso ser pactó con el Olimpo y sus dioses anacrónicos, caídos hoy en el olvido y el descrédito; divinidades que, sin embargo, tienen aún cierta solvencia, ya que gobiernan y disponen de nosotros los artistas: pueden dictar sentencias, dar ejemplificadores castigos, dejar a alguien mutilado como fue mi caso; pero a la vez son incapaces de hacerse cargo a fondo de nuestra muerte y llevar el alma a un definitivo refugio y sosiego.

Cuando la cera reemplazó mi carne, atrapó mis huesos y detuvo el flujo de mis venas, cuando aquella musa tomó la apariencia ajena y condujo a Marieta, mi vieja modelo, hasta el altillo de la residencial, permitiéndole arrancar mi pesada cabeza de mis hombros, yo permanecí en esa torre aún con vida. No me lo puedo explicar; mi emoción, es cierto, no la sentía centrada en el pecho, pero así y todo no me abandonó.

¡Cuántas veces antes no la tuve desviada, apuntando hacia las penas y los recuerdos!

Algo similar me sucedió al quedar allí decapitado; todo indicaba que era imposible el más insignificante atisbo de vida en tan categórico despojo, y sin embargo, en ese montón de cera, ésta porfiaba y subsistía, como la tibieza adherida a los muros luego que el sol se ha ido.

Las historias de Marieta, Sandro, Bombillín, los vecinos de mi casa, incluso las comparsas del Olimpo, siguieron otro derrotero, y como camino bifurcado, yo tomé este atajo y el curso de este relato continuó tras mis pasos, alejándose del que imprimían ellos.

Esa noche, la más aciaga que recuerdo, el oleaje retinto... sólo imaginé de él un funcionamiento pesado y regular. A eso accedía en ese momento mi limitada fantasía.

Anduve a trastabillones, las manos palpando las irregularidades, los accidentes de los viejos muros de este balneario antiguo. Este deambular me condujo hasta las rocas del Capri, atravesando las negras arenas de la Playa Chica, la que reconocí por su reducida distancia.

Cuando me volví sobre el terraplén que lleva a la terraza, me aferré a la baranda de los balaustros carcomidos y ésta me puso al pie de la escala inconclusa con tramos de cascotes, donde los perros se erizan tras la verja de la primera casa; su agresividad me notificó que merodeaba la iglesia del Cristo Pobre.

Conocía su puerta lateral, su picaporte vencido. Fue cuestión de manipular ese candado flojo y estuve en las hundidas baldosas de la pequeña sacristía.

Una honda aflicción me cogió al entrar a la nave lateral y acercarme a ese rincón, bajo el retorcido acceso al coro, donde se acostumbraba a colocar y velar los féretros la noche antes del responso.

En esa ocasión no había nada; los velones eléctricos estaban guardados como los caballetes y el carro mortuorio; sin embargo, tuve un presentimiento, una fecha cercana, una sensación imposible de dilucidar en ese momento.

Di vueltas al templo vacío, ignoro si mis pasos retumbaban; esa antesala sagrada estaba vedada a mi destino. De no ser así, mi fin se habría ceñido a la lógica que dictaban esos muros. Yo era allí un completo extraño; a los dioses que me habían dejado en ese estado miserable, y al parecer irreversible, no los sentía cercanos. Mi desubicación era tan completa que ni la muerte sabía cómo asumirme, y de la vida sólo me restaba ese insignificante vestigio, que apenas me servía para refugiarme allí con menos derecho que un incrédulo, un hereje o un perseguido.

Volví a la sacristía y en mi desesperación, hurgué en el armario grande bajo los vitrales deslavados, a tientas en los cajones donde se depositan los ornamentos, hasta dar con una vieja vestidura que no debió estar mezclada con casullas, albas y estolas. Se trataba de un hábito de San Francisco, prenda de algún hermano tercero, manda, voto, una hechura para mortificación de un penitente, una reliquia.

Para mí fue la solución, el disfraz, la única forma de completar mi figura, ya que una vez dentro de esas ropas, eché hacia adelante el

holgado capuchón y suplí, con las sombras que éste encerraba, la cabeza, los rasgos, las facciones, mis ojos, la boca, el mentón, la frente.

Completo al menos en apariencia, salí otra vez a la avenida La Marina; dejé a propósito la puerta del templo abierta: un socavón oscuro como el que recogía la capucha, una esperanza de retorno, de calzar con ese credo familiar y conocido, aunque el precio de tal identidad fuese la sucia muerte.

¡Qué lágrimas ni nada, si yo no tenía cabeza!

Me encaramé a las micros y sujeto a la baranda de los asientos, debí soportar el éxtasis que continuamente me cogía.

Atenciones y fiestas que se le hacían a esa sotana.

Como sabía de sobra que no era esa elevación horrible invitación divina a mi persona, ni compensación a horas de flagelo y adoración, entonces me provocaba náuseas verme así tratado por los cielos; y este estado que en otros habría significado jolgorio y noticia de dicha, en mí volvíase de lo peor: sólo deseaba que me abandonara a esa abertura, ese convite a la ingravidez malsana.

Con qué hambre observaba las rocas inamovibles que el mar en su inútil asedio trataba de arrastrar.

Descendía de esos vehículos destartalados, y cogido por la luz cegadora, me adentraba en ella como quien recorre un túnel.

A pesar de tanta luminosidad, ese verano se me negaba; el calor rehusaba tocarme y un desapego del entorno impedía vincularme al mundo.

Las calles se me aparecían como las dejara el último sismo: el pavimento amontonado exhibiendo sus aristas y una viejecita enclenque, canasto al brazo, trepando esos bloques dispuestos sin orden.

Me perdí un tiempo en las noches del puerto, en albergues, cuartuchos subterráneos y arcos de puentes, a veces empapándome de perfumes más apestosos que mi suerte.

Cuando pienso en mi falta de cabeza, recuerdo que siendo niño, en mi primer viaje a Italia en compañía de mi abuela, luego de visitar el imponente castillo de Ferrara, descendimos hasta una pequeña plaza, en donde se levanta un monumento a Savonarola.

Al aproximarnos al pedestal que soporta al monje con las manos

en las mangas y la cabeza algo inclinada, descubrimos que dentro del capuchón no había absolutamente nada, sólo tinieblas.

Ignoraba mi abuela que yo me encontraba en Florencia la noche del 17 de noviembre de 1494, cuando Carlos VIII forzó las gigantescas puertas de San Frediano y los argollones que mordían los leones se cayeron al suelo.

Me pregunto ¿cómo era en ese entonces mi apariencia? ¿Acaso la misma que hoy luzco aquí en San Antonio, merodeando por los muelles del puerto?

De esa fecha recuerdo aquel desfile dantesco, al Rey bajo el dosel movedizo, guardamalletas y borlas, la caballería de miedo, sin orejas ni rabo, los belfos hechos una ruina por el maltrato de los frenos, mariscales, guardia suiza, gascones, nosotros simples comerciantes con la bolsa oculta en las faltriqueras sin fondo; unas cuantas monjas del convento de Las Murates se descolgaban en sogas y canastos desde la altura de sus celdas.

Yo estuve allí ante esa interminable sucesión de antorchas, resplandor de armaduras, alabardas, culebrinas trabadas en el lodo, falconetes, arcabuces, torres de asedio, caídas las celadas de los yelmos y tanto distintivo horrendo; la joroba del monarca cincelada con primor en el espaldar de acero, los guanteletes ensortijados ocultando las membranas de sus dedos de pato.

Suerte la mía haber sido testigo de cómo el medioevo añejo expiraba en las calles del Renacimiento.

Qué profunda relación la de estos hechos con el evangélico solitario que vocifera bajo los balcones de la San Julián de Cartagena.

Habla de Israel, el mar le remeda como loro, guitarrones encintados, panderetas apocalípticas.

Yo estuve en Florencia cuando la redondez de la Tierra se impuso y la línea del horizonte cayó por los suelos, todo se volvió profundidad, conocimos la distancia, la atmósfera permitió el volumen y la luz

tomó contacto real por primera vez con las cosas, mostrándonos en su roce la esencia de las mismas.

Por fin pudimos en la *bottega*, nosotros, meros aprendices, pagar unos florines a unos cuantos marineros de Indias para que posaran como apóstoles y como Cristo.

Roma saqueada, no les bastó pasear a los frailes en cueros, a horcajadas sobre el lomo de mulas escuálidas.

Grave fue en la ciudad eterna exhibir a la chusma el cielo raso de la sala de baño del cardenal Califano, pintarrajeado con delfines y náyades absurdas, y esas llaves de oro —no las de San Pedro— de los vanitorios repletos de sangre.

Alguna vez estuve tentado de retroceder hasta Cartagena, tomar un colectivo y aproximarme de noche al cementerio que queda en el fondo de una quebrada: unos muros pobres sobrepasados por hileras escuálidas de álamos.

Saltar la verja y forzar la puerta del único mausoleo importante de ese camposanto rural, donde la familia Ormeño accedió a cederle a Marieta un lugar en la bóveda húmeda.

Con una palanca he pretendido tantas veces levantar la losa y dejarme caer en ese recinto de sombras, patear ataúdes y reducciones, hasta dar con el féretro de mi modelo. Quitarla de ahí y estrecharla contra mi pecho. Nada hubiera sido hallarla inerte, porque yo le enseñé a lograr ese abandono. ¡Cuántas horas de peroratas para dejarla fláccida, inmóvil, inexpresiva, como de seguro ahora la encontraría!

Hablarle a esa dejadez, a esa mujer dormida era mi costumbre; así tendría por un segundo la feliz ilusión de que entre nosotros no había ocurrido percance alguno, que quien me quería de veras volvía a mis brazos a compartir conmigo antiguos diálogos.

¡La echo tanto de menos! ¡Me hace tanta falta!

Pero me refreno, más vale que pose bien la muerte, que se gane la vida, que permanezca obediente a su actual dueño.

A un costado del cementerio se yergue un cerro de gastado perfil. Un surco profundo marca su falda como una herida. En esa hondonada se inmiscuye la tiniebla y de ella brota, a modo de recompensa,

una tupida verdura, inmune al parecer a los cambios a que obligan las estaciones.

Un vendedor de porotos de la calle Centenario me dio albergue en su casa.

Por ese entonces yo ya había recuperado la cabeza; dejé atrás la cera, y la sotana se volvió un mero recuerdo, una prenda olvidada en el probador de una tienda de ropa usada.

Era un verano tórrido, setecientos mil turistas colmaban las playas; en lugar de arena había cabezas, ¡tantas cabezas!

¿Dónde había Marieta dejado la mía de cera? ¿En algún museo o bajo tierra?

¿Han visto mi cabeza?, me daban ganas de gritar en el mercado, la garita de los buses, la terraza, los muelles del puerto; indagar en los prostíbulos: capaz que una cabrona vieja me tuviera en cama, el cuerpo armado con una almohada.

CONFESIÓN DEL INFIEL

Sentí pavor cuando Cecilia, la garzona del Lucerna, me saludó con un mohín como a un desconocido; entonces me asistieron horribles dudas sobre mi apariencia; no vaya a ser cosa, me dije, que el cielo y el Olimpo trabados en quién sabe qué litigio eterno me hayan enviado por apuro de vuelta en un envoltorio cualquiera —el mío traspapelado— y yo me esté paseando muy orondo por Centenario sin advertir el equívoco y nada menos que en el cuerpo de otro; me aterré de sólo imaginar que de un automóvil aún en marcha descendiera una mujer ya de sus años como loca y a gritos me llamara por otro nombre, me besara con fruición, me dijera monito, perrito, dónde estabas, me llevara a una casa desconocida con familia y parentela completa; aunque se tratara de un palacio, la sola idea de pernoctar con una señora que aseguraba ser mi esposa me hizo correr hasta la vidriera de la esquina y plantarme ante el espejo que allí tienen empotrado en el escaparate; cerré los ojos, no me atrevía a abrirlos por temor a enfrentar a un atlético varón o un burgués adinerado con camiseta que, presa de una pro-

funda depresión, se hubiese lanzado de bruces a un despeñadero; los abrí, felizmente ahí estaba el Camondo de siempre, ¡tanto que había difamado mi físico y sin embargo al reconocerlo me dio una inmensa alegría, hasta me encontré apuesto, era el mismo, no me habían devuelto en otro! Mi primera reaparición en público, mi estreno en sociedad, fue en la fiesta de disfraces de la calle Pedro Montt. Todos los años las Madres del Amor Misericordioso efectúan allí una kermesse a beneficio de los niños huérfanos; era tradicional que este evento fuese con disfraces, actualmente sólo se acostumbra a llevar máscaras, en el bazar adquirí una, me llamó la atención que entre tantas caras de cartón-piedra, animales, personajes célebres y de ficción hubiera uno o dos que representaban a un señor y a una señora cualquiera; me divirtió sobremanera cambiar mi rostro por otro similar y así, con mi sombrero sobre estas facciones corrientes, me fui a la kermesse de la monjas; en la micro la gente me miraba, era impresionante al parecer ver a un señor de rasgos un tanto exagerados pero con expresión normal: cejas pobladas, ojos redondos, nariz prominente, labios sensuales y mentón firme; iba pensando en esos faraones que ante la avidez y las expectativas del arqueólogo o del intruso nos reciben recubiertos de oro, sonrientes, magníficos, ocultando la realidad de sus despojos. Esa kermesse de los huérfanos fue el último intento que hice en el litoral por reinsertarme entre los demás; fui tal vez un tanto ingenuo al creer que de vuelta del castigo y ya en mi consistencia normal, podía rehacer mi vida. Regresé a la Playa Chica, escenario de tantas historias, como quien tiene cita con un amigo; el peñón de la caleta se recortaba plano, nítido, a medida que la tarde lo envolvía, y pensé en el perfil de los barcos; abajo, en la minúscula rada, la sonajera de piedras que el mar intentaba remolcar hasta la orilla se hacía más patente; la marea alta sumergió al malecón desdibujando ese terraplén de cemento; al observar aquellas transparencias, éstas fueron esbozando retazos del inicio de mi historia, como si en una larga noche de San Juan, con velas vueltas y ante un lavatorio con agua, alguien indagara su remoto pasado: linda tu mamá, ¿no es cierto?; el espejo del ropero de tres cuerpos, la cama normanda, la Virgen de la Silla, la fotografía de la reina de la primavera, las damas de honor y a ambos costados dos pajes afeminados con esclavina y medias de seda, la cartera, el costurero, las escobillas inglesas, la ventana recogiendo a duras penas la luz gélida que antes invadía malamente el patio trasero; linda tu mamá, ¿no es cierto?; enfundada en un traje sastre, negro el corbatín de la blusa, unas

iniciales de fantasía que ella había encontrado en la calle. Aparté la vista de esas aguas, espejo revelador del recuerdo, no podía soportar aquella nitidez, de vuelta de la muerte, el presente me insinuaba una existencia solapada, ya no entraría en historias; todo indicaba que debía ocultarme, abordar el silencio y el olvido.

¿Quién se acuerda del tiento, la sanguina, la grisalla, la cotona, el atril portátil, la sombrilla, el piso plegable?, nadie, nadie, sino mi corazón. Cuando niño no tuve juguetes, sólo libros con estampas para mayores; a veces mis ansias de viajar e introducirme en esos remotos parajes me hacía tijeretear a escondidas las láminas, dejando entre las letras y los párrafos ventanucos vacíos, un verdadero desafío para esas deficientes descripciones: ¡vámonos, Camondo, acá ya no nos quieren, acá todo está terminado! ¿Qué será de ti a la hora de mi muerte? Una sombra, un deleite de la envidia, un montón de ruina, como esos pájaros cautivos que de pronto se escapan y, aterrados, solos, hambrientos, las plumas vueltas, llaman a gritos desde la copa de los árboles, para que sus amos los encuentren, y sometan otra vez al cariño de sus jaulas; te llevaste, Camondo, lo mejor del desfile, no hubo clavel que no rebotara en tu pecho, tu pecho hueco, peto de mala resonancia, latón de fantasía festoneado con ese par de leones rampantes baratos hechos en molde; Camondo al proscenio, yo al último rincón del paraíso; ese teatrucho destartalado del Colón de San Pablo con Matucana, donde obtuviste la mención honrosa en el concurso de pintura al aire libre; habían alzado la mortaja del telón... la fachada ploma de ese coliseo de barrio, la marquesina sin cristales y dos hornacinas vacías a los costados, donde los padres sentaban a sus hijos y les abrochaban los zapatos; en un sitio eriazo en el que venden materiales de demolición he visto las butacas de ese cine, en rumas como pirámides, las baldosas del foyer, que Berríos bruñía con esmero, amontonadas por docenas y a precios irrisorios, y así, los urinarios, los tramos de la escala, que adosada al muro llevaba de la platea al paraíso, sus peldaños, la baranda, los descansos, que bien recuerdan los condenados que la subían.

II. CUARTETO MENOR

CABEZA MALA

Cuando Marieta la modelo perdió a Camondo, un año antes de su muerte, ya no estaba en su sano juicio. Quizás por soledad o simplemente por pena, se trastornó, volvióse irreverente, impúdica, ella que siempre había demostrado un carácter dulce, una personalidad abnegada y cautelosa, le dio por hacer morisquetas, sacar la lengua, arrastrar el quitasol por la terraza, decir palabrotas, improperios que durante toda su vida sólo escuchó de otros, pero que almacenados uno a uno en su conciencia, una vez perdido el control, dejó afluir sin orden ni freno.

Las enfermeras que la asistían renunciaron a ello a causa de sus empellones; la acusaron de brusca, áspera, pesada de mano, violenta, amén de otros detalles con la cantora, una lapicera de palo que le clavó a la Sonia como dardo en el brazo y ese afán de desnudarse donde le daba la gana.

Desahuciada y en cueros, quedó al cuidado de Juanito, un antiguo repartidor de gas a quien le decían el Mote; pacientemente, éste la llevaba en micro a las transfusiones de sangre en San Antonio.

Sola, en el segundo piso, inventó maldades. El hombre se desempeñaba abajo, el teléfono lo tenía en el jardín o en el repostero con un alargador interminable, porque Marieta cuando lo respondía, siempre decía lo mismo: soy pacalito o mete bien el dedo, o métetelo mejor, o ¿no han visto la película del hombre que se mordió la espalda?, o ¿churris bundis ónde está ocho polito de papá? Ideó dejar cosas en la calle frente a la casa y observar oculta, tras la ventana de su cuarto, la reacción de los transeúntes.

Primero fue su costurero, bajó, lo colocó en la vereda y se escondió, le apasionaba mirar a la gente detenerse, dudar, otear circunspectos en todas direcciones, continuar viaje, algunos más resueltos, regresar, coger el objeto y emplumárselas.

Luego del costurero vino la plancha —Juanito ignoraba el juego—, después una muñeca negra, un vestido que lo presentó estirado, un abrigo a cuadros, la cartera, un espejo. Pero su entusiasmo llegó a mayores cuando abandonó allí una silla. En esa ocasión, el desconcierto callejero adquirió relevancia, más de un peatón estuvo tentado de tocar el timbre y denunciar el hecho, la mayoría pasó de largo; sin embargo, no faltó el avezado que primero la cambió de sitio, la probó y echándosela al hombro, se le hicieron pocas las piernas.

Marieta actuó entonces con el velador de su pieza, aprovechó que Juanito estaba de compras y acarreó como pudo el mueble escaleras abajo, lo ubicó en medio de la calle, incluso le colocó encima la lámpara de noche. La reacción fue similar a la de la silla, en la lámpara no estuvo el problema, fue en el velador que demoró un tanto, pero igual se lo llevaron entre dos.

Cuando Juanito regresó con la bolsa del pan, la vereda se encontraba limpia, sin nada.

Al día siguiente, Marieta sí que la hizo en grande, desnuda como Dios la enviara al mundo, se colocó ella misma, un montoncito de carne acurrucado. La rodearon los mirones —uno de ellos era el que se había birlado el espejo—, discutieron si llamar a la Asistencia Pública o a la Policía, optaron por esta última.

Interrogada en la Prefectura, mientras Juanito la cubría, no le sacaron palabra.

En el parte oficial se dejó constancia de lo que aseveró el jardinero: que estaba enferma, que había quedado sola, que su profesión consistía en trabajar sin ropas, que al parecer, al abandonarse de ese modo en la vía pública, abrigaba la secreta esperanza de que así como se habían llevado sus cosas, alguien se la llevara a ella.

PERDER LA CABEZA

La mujer del tony Bombillín se cargó de niños. Vivía la familia al cuidado de una casa veraniega; esta vivienda permanecía cerrada y los Bombillín amontonados en el sótano, el cielo raso encima, la cocina en el patio, el baño también fuera.

La mujer lavaba en una máquina sonora que brincaba a la sombra de un emparrado.

En invierno se colocaba las medias que su esposo lucía en la pista, gruesas, de color zapallo, con pelos grandes de goma, y cuando se inundaba el patio y el viento echaba por tierra los cordeles, se metía en los zapatos descomunales de circo y recogía la ropa.

Bombillín armó casa en otro lado.

Lo sorprendieron comprando un terno fino donde Javier; lo mantenía una mujer rica, entrada en años, quien le prometió un camión si se portaba bien. Se decía poetisa; escribiría en su diario íntimo:

¿Quién, quién me pregunto es esa sombra que por las noches estaciona un camión en la esquina y desconoce mi nombre?

El par de mujeres se enfrentó en una ocasión en que las micros en que iban, una hacia Cartagena y la otra rumbo a Llo-Lleo, a causa de un taco, quedaron ventanilla con ventanilla.

Se conocían de vista.

En el diario, unos versos de la solterona sintetizaron la escena:

Fuimos dos peces espada
dos peces perro
acuario contra acuario
redoma contra redoma.

La mujer de Bombillín tenía problemas para guardar las gallinas por las tardes, las contaba una y otra vez antes de enviarlas al travesaño, o le faltaba una o sobraban tres.

CABEZA DE NIÑA

En los años en que Sandro, el joven discípulo de Camondo, paisajeaba en Playa Chica, una tarde de diciembre la ventolera le trajo hasta el caballete a una vieja intrusa, especie de espantapájaros, velamen de seda negra adherida al mástil de sus huesos. Miró el cuadro, y para sorpresa del artista, le hizo atinadas sugerencias; conocía el oficio, habló de transparencias y del uso de los empastes.

Estupefacto, observó Sandro ese rostro enjuto como un algo desinflado; los ojos turbios se sumaban al derrumbe físico del resto. Le habló ella de su padre, el célebre pintor Moya, luego se refirió al cono-

cido retrato de niña que éste le hiciera y que hoy cuelga en el Museo de Bellas Artes; una cabeza sublime, el óvalo enmarcado por graciosos rizos castaños, las mejillas pletóricas de tonos cálidos como los labios, encajada toda esa lozanía en un cuello de Flandes, bordado a pinceladas diestras y sabios efectos, el traje de terciopelo tan bien solucionado que se siente la consistencia del paño.

Una infancia rescatada a tiempo.

Volvió la vieja a insistir sobre su cabeza de niña realizada por su padre. Aunque Sandro la conocía de sobra, negó su existencia, incluso fingió ignorar a su autor. Increpó ella con odio y se alejó arrastrada por el viento.

Un esperpento a la deriva en la soledad de la playa.

ROMPERSE LA CABEZA

A la Jovita, la mujer de don Lucho que trabajaba en la cocina del liceo, en cierta ocasión se le cayó, dentro de la noria, un chancho chico que merodeaba por la orilla. La Jovita daba gritos, no tenía fuerzas para alzar la soga y retirar el balde desde esas profundidades y con el animal muerto encima.

Gastón Aosta, el fotógrafo playero, que pasaba por esos andurriales, escuchó a la cocinera.

El liceo queda justo en el vértice de una costra abrupta de tierra.

Aosta accedió a asistirla. Era un día tórrido de verano, el sol en su apogeo no les otorgaba ni un centímetro de sombra.

Gastón se aferró a la barandilla y descendió por ese cilindro negro y húmedo hasta dar con el animal y el cubo. Al levantar la cabeza y mirar hacia arriba, se encontró con un cielo completamente estrellado, miríadas de astros, una noche espléndida en pleno día.

¡Qué se iba a imaginar Aosta que el rescate de un cerdo le enseñaría las estrellas fuera de la noche, lejos de su cielo! ¡Un negativo a gran escala!

Jamás antes, ni en sus mejores momentos de fotógrafo, su cámara oscura lo recompensó de esa manera.

PERDER LA CABEZA

Ese día jueves, la Negra contaba las horas para dejar su casa y emprender un largo y reparador viaje que bien se merecía.

Las maletas abiertas sobre la cama mostraban su anhelo. Habían sido innumerables años de cautiverio al cuidado de una madre que en un comienzo fue dominante y luego lo siguió siendo cuando cayó en cama enferma, inválida; cuya sola movilidad consistió en agitar la campanilla del velador para pedir socorro por un sinfín de nimiedades.

Ese badajo estridente dejó en la soltería a su única hija, y en la histeria a la Rosita, la sirvienta de toda la vida.

En la calle Centenario de San Antonio, cerca del puerto, se veía durante buena parte de la noche una ventana encendida: el cuarto de misiá Mercedes, insomne, moviendo sin cesar los labios, orando, maldiciendo, el velador repleto de libros y recordatorios píos, y remedando su corazón gastado un reloj sonoro de grandes números romanos, que debió estar en la cocina, además de esa campanilla, negra, de mango suavizado como el cuesco de una lúcuma.

La Negra ya tenía sus años, la Rosita otros tantos, las tres mujeres no conocían otra cosa que la rutina hogareña, un triángulo exento de hombres, con excepción del abogado, el señor cura, el cobrador de la luz, el repartidor de gas, el doctor Benítez, varones que entraban allí tal como salían, con la mente puesta a lo que iban, saltándose a esas hembras pasadas en limpio.

La madre poseía sus ahorros, había sido la mujer de un intendente en los años de los gobiernos radicales, pero, austera hasta la avaricia, obligó a su hija Marta a ganarse la vida y solventar sus gastos personales, lo que hizo que ésta ocupara su tiempo en hacer copias a máquina, trabajo duro por el que pagaban incluso menos que por tejer chalecos de lana, otro oficio con que matizaba el primero. Encaneció temprano, no salió de un traje de sastre abotonado con rigor sobre una blusa discreta, las medias pasaron de la transparencia a la opacidad color carne muy característica de la soltería, y los zapatos recios, de tacón firme, confirmaron que no conocía varón.

Era la Negra una mujer abnegada no sólo ante las mañas de la anciana, sino en la parroquia, donde asistía a un grupo de feligreses pobres. Con el pretexto de recibir clases de catecismo, éstos exteriorizaban sus falencias y problemas, para los que la Negra tenía siempre un consejo juicioso, un discurso apropiado a los asuntos de embria-

guez, alcoba y dramas pasionales por los que ella jamás había transitado.

La madre murió sin que la hija ni la sirvienta se lo esperaran. Esta última, con la bandeja del desayuno, al aproximarse a descorrer la cortina de la ventana, se encontró la campanilla en el suelo y a la inválida fría, tiesa, y en una actitud indescriptible.

Las exequias se realizaron a pie, el puerto entero de San Antonio acompañó a la veterana. Pasados unos días, cuando las visitas de pésame menguaron, la Negra sacó sus cuentas, visitó al contador, al abogado y dispuso que, a los cincuenta años, bien se merecía un viaje a Europa; ella, una persona culta, que no sólo conocía a Rodin y Miguel Ángel por reproducciones, sino también, la desnudez de los hombres de carne y hueso de esa misma manera. Así es que ese día daba instrucciones a la Rosita respecto del cuidado y mantención de la casa, mientras echaba dentro de un par de maletas ropa de más, prendas pesadas, calculando que en el hemisferio norte estaban en invierno. Tenía un concepto añejo del Viejo Mundo, ignoraba que nadie acarreaba dos abrigos, dos paraguas, tres pares de botas de goma y una bolsa de agua caliente.

El taxi que la llevaría al aeropuerto vendría recién a las ocho de la noche, porque el avión zarpaba al día siguiente, y la Negra dedujo que convenía pernoctar en Santiago en un hotel decente, para que las cosas se hicieran en forma más relajada.

Para una poetisa, porque ése era su verdadero oficio, un viaje significaba una fiesta, sobre todo para su diario íntimo, cuaderno secreto que cada día colmaba de rimas, aforismos, pensamientos, prosa llena de semblanzas y dobles lecturas.

Había sido esta práctica su gran consuelo, adoraba a la Mistral, Neruda en su primera época, Rubén Darío, Gaspar Núñez de Arce, en fin, se nutría de un parnaso de lo más variado.

Pensaba visitar en Italia la casa de Keats y Leopardi —aunque nunca los había leído— y dejarse llevar en el Père Lachaise cual una viuda inconsolable, una musa sola, de tumba en tumba, descubriendo sin guía, al azar, el lugar donde yacía Wilde, la verdadera Dama de las Camelias, Musset, Chopin, Berlioz, Proust, esos seres sobre cuyo reposo inmortal iría esparciendo flores, para luego, en la intimidad del hotel, al referirse a cada uno en particular, estampar juicios, experiencias,

sensaciones, que quedarían como testimonio singular en los renglones de su diario.

Ése era su proyecto.

Su nerviosismo no le daba tregua, a cada instante miraba el reloj y se iba a la ventana, faltaba buena parte del día para que Daniel, el chofer que había contratado, se estacionara frente a su puerta.

En una de esas veces, medio cuerpo fuera, en que se asomó a la calle, advirtió que a una cuadra el circo Andes contrastaba su carpa, banderola y pancartas contra el mástil y las torres de los barcos.

No lo pensó dos veces, notificó a la galopina que mataría la jornada de cualquier modo y, sin más explicación, cogió su cartera, embadurnó sus mejillas e hizo pacientemente la cola frente a la boletería del circo.

Dentro, la lona tamizaba diferente la luz de esa tarde de enero, confiriéndole al espacio un recogimiento, una expectativa muy mágica.

La boca de ingreso a la pista estaba hecha de una cortina de tocuyo dividida en dos, en la que habían pintado el rostro gigante de un clown.

El viento y los que la transitaban partían medio a medio esa cara imponente.

La Negra se sentó en preferencia, encima del ruedo.

Los tonys, para distraer al público de la tediosa espera, se dedicaban a vender golosinas, provistos de unas grandes bandejas colgadas a unas gruesas correas.

Bombillín, el tony que capitaneaba al resto, se acercó a la solterona y le ofreció un cartucho de cabritas. Fue cosa instantánea; la poetisa, sin mayor experiencia en el asunto, intuyó reciedumbre, complexión atlética, musculatura tras ese traje holgado de hombreras desproporcionadas y parches por todos lados.

El pantalón enorme, suspendido bien abajo de la cintura por unos tirantes floreados, no fue impedimento para que a la solterona le funcionara la libido. Lo miró a los ojos, tomó el cartucho. Jamás comía maíz inflado. Canceló con un billete grande, y al momento de recibir el vuelto, sin saber la razón, lo rechazó, haciéndole ver al payaso que se lo guardara.

Bombillín, esa máscara de colores estridentes, la miró serio, como si Raúl Ramírez se asomara tras el hombre de fantasía.

Entonces acercándose al oído de la Negra, le dijo una frase que no sólo la desarmó, sino que la dejó clavada en la silla durante las tres funciones sucesivas que consignaba el programa:

—Quiero estar a solas contigo.

Durante todas las funciones, Bombillín realizó la rutina de la abeja lejos de la solterona, favoreciendo al sector opuesto del ruedo. Lo hizo por cuidar las apariencias. Temía la indiscreción de sus colegas: al tony Zanahoria, pero por sobre todo a Carterita, quien era conocido de su esposa y tenía una lengua afilada.

La solterona, en su mente, que todo lo reducía a metáforas y paradojas, vio en el aro en llamas que atravesaba la leona su propio riesgo, identificó las proezas del trapecio y de la cuerda floja que el destino le tendía. Cuando salió de la carpa, intuyó que Bombillín se haría presente.

En el paradero de micros lo encontró, irreconocible, de terno y corbata normal.

En tanto, el chofer y la Rosita indagaban en los hospitales, los carabineros, el paradero de una mujer que se caracterizaba por lo responsable y por prevenir y controlar hasta el más mínimo detalle.

Así se lo hacían saber al jefe de guardia de la comisaría. A esa misma hora, en una de las cabinas que circundaban la carpa, frente a una mesa de luces, con pomos y frascos de colorete, narices de goma y pelucas, junto a un camastro maloliente, la solterona se paseaba en paños menores, dispuesta a entregarse en brazos de un hombre que ante la situación se llenaba de expectativas.

—Tengo tan feo cuerpo —dijo ella, animándose a esa confesión sincera y descarnada.

—Para eso me tiene a mí —respondió el hombre, convencido de que la carne se paga, y que si todo iba bien, lograría cambiar su destino.

Le habló de deudas, de su anhelo de adquirir un camión para fletes y así combinar la pista de serrín con otra actividad más rentable.

Esa noche regresó la Negra transformada, unas ramas que pendían de un árbol de la acera la acariciaron al pasar, y ella sintió que por primera vez se integraba a la vida y la naturaleza.

La Rosita, en plena calle, en cuanto la vio, corrió a socorrerla, pero se encontró con una patrona diferente, relajada, que subió lentamente hasta su dormitorio, y cerrando la tapa de las valijas, le dijo:

—Rosita, desocúpalas, no voy a ninguna parte, se acabó el viaje, dile a Daniel que me disculpe, que igual le cancelaré la carrera.

Esa noche escribiría en su diario:

Virgen era, tiene amado
olvidando su pasado
un día se descuidó
vino Cupido aplicado
en la contienda ganó

En los meses siguientes, un camión sigiloso, que sobre el techo de la cabina ostentaba un letrero azul, enclenque, y que rezaba *fletes*, detenía su motor a un costado de la casa de la solterona.

No sólo la pareja se encerraba bajo llave, las ropas de ambos revueltas, hechas un bollo al pie de la cama, sino que Rosita, amurrada, se negaba, luego de que Bombillín se iba, a servir la comida.

Si supiera, decía la Negra, que además de gigoló, es tony, que a escasas cuadras de aquí se coloca dos ridículas alas de lana a la espalda y efectúa la rutina más trillada del repertorio circense, la de la abeja: «dáme la miel, dámela toda».

¿Quién, quién me pregunto
es esa sombra que por las noches
estaciona un camión en la esquina
y desconoce mi nombre?

¡Qué manera la mía de perder la cabeza!

CABEZA MALA

El espejo que birlara el transeúnte frente a la casa de Marieta era de porte mediano, ovalado, con un marco sencillo, sin grandes adornos.

Había estado siempre en su dormitorio; tantos años frente a la cama, que la modelo, al quitarlo de su sitio, vio que las flores del empapelado habían conservado su color original y no sólo parecían diferentes del resto de los ramos roídos por la luz, sino que simulaban una ventana.

El hombre que lo tomó fue el mismo que un mes después sugirió, al ruedo de curiosos que se preguntaba qué hacer con la modelo, desnuda, hecha un ovillo, allí en la vereda, que lo más apropiado era llamar a la policía. Fueron los demás quienes sugirieron la Asistencia Pública.

Luego que los carabineros se la llevaron a la Prefectura, se disolvió el círculo de mirones.

Enrique —así se llamaba el personaje de quien nos ocupamos— regresó a su casa muy preocupado de darse una ducha y cambiarse de ropa para asistir a una reunión social, un aniversario de algo intrascendente.

Dejó la bicicleta, en la que ese día se movilizaba, junto a su puerta; ingresó a la vivienda, encendió el cálifont y se dio un baño prolongado; luego se embadurnó el rostro con jabón y se dispuso a rasurar sus mejillas.

Había colocado el espejo de Marieta sobre el lavatorio, así es que debió quitarle el vaho con que el agua caliente lo empañara, restregándolo con una toalla.

Entonces creyó morir: la luna biselada mostraba el dormitorio de su antigua dueña, el lecho en desorden, sus cortinajes, la ventana que daba al jardín.

Al fondo, sobre una consola, un casco de diosa reluciente; los ojetillos de la visera, muy expresivos, miraban de frente con una intensidad inusual.

Volvió el hombre a restregarlo con el paño una y otra vez como queriendo borrar ese reflejo porfiado, equivocado de lugar, pero fue inútil. Su rostro no se reproducía, así es que con la barba de jabón intacta, descolgó el espejo y lo cambió de sitio. Fue inútil. Siempre el dormitorio de Marieta reaparecía.

Llamó a su mujer, quien, al verlo desnudo y con la cara cubierta de espuma, dio un grito, se alarmó y buscó algo con qué cubrirlo. El hombre hizo un cúmulo de musarañas, e importándole un bledo hallarse en esas condiciones, salió a la calle, cruzó la calzada y tocó el timbre de la casa de enfrente. Se sumaron los curiosos, que lo rodearon. Entonces, alguien sugirió llamar a la policía, aunque no faltó quien pensó en la Asistencia Pública. No llegaron a tanto y, apaciguados los ánimos, resolvieron ponerlo en manos de su esposa, quien logró llevárselo consigo.

Una vez más tranquilo, el hombre le narró los hechos. Ella, luego de escucharlo, acudió a la sala de baño a comprobar tan insólita historia.

Encontró la ducha corriendo, la navaja de afeitar hundida y el hisopo flotando en el lavatorio, que sonoro cual una fuente se derramaba.

El espejo reprodujo el rostro consternado de una mujer que por

primera vez tuvo noción de lo frágil que resultaba ser el jefe del hogar, su sostén, el *pater familias*, el guía de sus hijos, ese empleado de hoja de servicio impecable, juicioso, que para todo tenía una respuesta acertada. Costó trabajo conducirlo nuevamente a su lugar, lo llevaron entre varios. Una vez dentro, ella quiso que le repitiera con lujo de detalles el motivo de tanto escándalo. Entonces el hombre, al comprobar que el espejo había vuelto a la normalidad, tergiversó los hechos, inventando una excusa trivial que dejó a todos contentos.

Quebrar un espejo trae mala suerte. Prefirió Enrique correr ese riesgo a encontrarse otra vez a solas con lo mismo.

Esa noche lo destruyó a pedradas, lanzando los trozos en medio de la calle.

Nunca supo, mientras intentaba el sueño, que la luna que recorría lenta el cielo, vanidosa como nadie, se sorprendió de no reconocerse duplicada varias veces.

CABEZA DE NIÑA

La hija anciana del célebre pintor Moya, que como una sombra llevada por el viento había dado sabios consejos a Sandro, vivía en Santiago, en el barrio Bellavista, rodeada de un cenáculo de admiradores de su padre, jóvenes y no tanto. En un ambiente bohemio, se sometían a que esta mujer les tirara las cartas, les leyera e interpretara lo que el tarot indicaba como suerte y destino. En esa casa, que se había quedado alhajada en los años sesenta, amor libre, la rebelión de las flores, las cabelleras largas, la pata de elefante, las corbatas de payaso, ella, ante una chimenea que no podía encender por culpa de la contaminación, y sobre cojines encima de alfombras de estera, servía un vino caliente famoso al que en las noches de vigilia le prendía fuego como se estilaba antiguamente para destacar el espíritu del alcohol.

Uno de los asiduos, un tal Claudio, que le seguía el amén, se había convertido en su paje incondicional.

Mozalbete mucho menor, que acompañaba a esta hija de artista —conocedora por lo tanto, de todos los avatares de ese «calvario de lo bello», como decía, sin asumirlo en carne propia— al mercado, al cine, donde ella dispusiera pasar el día y tener la oportunidad de opinar de todo y exponer sus teorías, adoraciones y rechazos. Así llegó la pareja en una ocasión al Museo de Bellas Artes, templo y preferencia de la

vieja hija de Moya. Como era su costumbre, se iba directamente a recorrer la colección de maestros nacionales, y ante cada cuadro, repetía como loro lo escuchado a su padre, o cuentos de su propia cosecha.

Pero cuando se detenía ante su retrato de niña, enmudecía, las lágrimas brotaban descendiendo por esas mejillas ásperas y recogidas como un papel usado.

Luego de ese minuto de silencio, de ese acto de recogimiento, siempre le decía a su acompañante:

—Claudio, si alguna vez quieres hacerme feliz, regálame este retrato.

Desde luego, esta frase era sólo un piropo al cuello de Flandes, al terciopelo azul, sus bucles de oro, los ojos vivaces, el fondo sublime.

El mozalbete, para congraciarse con esta mujer que admiraba sin límites, ignorando que ese decir sólo significaba un halago hacia la obra paterna, ingresó al museo un día cualquiera de invierno, cuando esas salas no están en el pensamiento de nadie, ni siquiera de los guardias, que prefieren dormitar en los sillones de felpa gastada; incluso las telas se ensombrecen y pierden fuerza.

Claudio entró a la sala de pintores nacionales. En sus oídos, como una melodía pegajosa, llevaba la frase de su amiga. Miró en todas direcciones y como no había nadie, tomó el retrato, y lo arrancó violentamente del marco, haciendo saltar los escasos clavos que lo sostenían.

Una vez con la tela bajo el abrigo, salió tranquilamente a la calle.

La mañana siguiente era sábado, día de tertulia donde Victoria Moya. Lo primero que la vieja hacía era prepararse el desayuno, y en tanto sorbía un café cargado, leer los titulares del diario.

En la portada, a todo color y con letras de molde, leyó: «Robo en el Museo de Bellas Artes», y sus ojos horrorizados vieron ahora el cuello de Flandes, el terciopelo añil y el resto no en el templo de la consagración, sino en papel de diario.

Se desmayó; sólo volvió en sí cuando Claudio, el primero en llegar ese día a sumarse a la ronda del vino caliente y las figuras del tarot, extraía de entre sus ropas la tela y se la ponía en la falda.

—¿Te has vuelto loco?

—¿Que no es lo que usted más quería?

El trámite de la devolución fue otra obra maestra que superó con creces al objeto en cuestión.

Se debió consultar abogados, muchos se declararon incompetentes, un juez de la Corte Suprema se tomó la cabeza a dos manos. Final-

mente se resolvió que el mismo Claudio acudiera hasta el departamento del director del museo y dejara el cuadro muy bien envuelto junto a su puerta, tocara el timbre y huyera.

Así se hizo.

Al día siguiente, la hija de Moya, que por la completa soledad en que vivía acostumbraba a cenar con el noticiero de la televisión, se atragantó con la sopa de letras cuando el locutor enfatizó:

—Como una recién nacida, envuelta en pañales, un desconocido dejó al pie de la puerta del director del Museo de Bellas Artes la obra recientemente sustraída.

Claudio pensó que, para no dañar la tela, lo mejor era arroparla entre pañales, así los trajines que debía soportar estarían resguardados por ese envoltorio muelle que la eximiría de posibles accidentes y trastornos.

ROMPERSE LA CABEZA

La Jovita sufría de asma. En cuanto Gastón Aosta le colocó el chancho muerto al borde de la noria, sintió que le faltaba la respiración.

Encontrándose culpable, acarreó como pudo el cerdo hasta la cocina, y aprovechando que la maestra y los pinches estaban ocupados en el repostero y los comedores, faenó el animal y lo echó en un fondo de agua hirviendo.

Ignorante el personal del modo trágico como el cerdo había muerto, colaboró con la Jovita en el proceso.

Ella, para congraciarse con las autoridades, dedicó tiempo extra a decorar la cabeza, la que cocida, pero intacta, puso sobre una bandeja.

En el hocico, introdujo una zanahoria, dos rodajas de huevos duros fueron a dar a las cuencas de los ojos como monóculos, las narizotas las rellenó con aceitunas, sobre la frente peinó un flequillo de perejil e hizo un turbante con cáscaras de limón; de las orejas prendió unos ajíes verdes como brincos de manola, y al cuello un collar de habas tiernas que tuvo la paciencia de enhebrar como cuentas.

Terminada esta monada, la exhibió en la vitrina del comedor de los profesores, junto a los emparedados, postres y platos del día.

La señorita Lineo, maestra de ciencias naturales y miembro de número de la Sociedad Protectora de Animales de Llo-Lleo, que por su postura ecológica se negaba a descuajeringar felinos en clases para en-

señar el pulmón, corazón y vísceras a sus alumnos, envió una protesta por escrito al director del establecimiento. La denuncia contó con la aprobación del profesor de matemáticas, quien, aunque indiferente al asunto de «el modo cruel y grotesco de ridiculizar la dignidad de un animal que se merece un debido y mínimo respeto», no escatimó la ocasión de congraciarse con su seductora colega y amiga.

Realmente la Jovita no estuvo en su mejor día.

III. POR EL CAMINO DE SANTIAGO

EL DEMONIO HILA FINO

Iba rumbo a Cuncumén.

¿A quién no se le ha presentado un compañero cuando transita un largo camino solitario? Fue mi caso. Cerca de Sepultura, en la cuesta de Los Tordos, un hombre de edad incierta, piel tostada, cabellos igualmente oscuros, barba hirsuta, apuntando en ella el destello de las primeras canas, me interceptó el paso. Vestía un terno virado, también negro, zapatos que evidentemente no andaban con su número; me habló de sus hermanos, con quienes vivía, dijo llamarse Albrecht, sólo Albrecht, evitó el nombre de pila. Un vaho a alcohol emergía de sus palabras. Como advirtiera que yo notaba ese detalle, se justificó argumentando que venía de un bautizo, que la fiesta había durado la noche entera.

Su ocupación consistía en buscar muebles antiguos en las casas de campo, los balnearios viejos, las iglesias rurales, cualquier sitio donde el tiempo se hubiese detenido. Nada inquirió sobre mi pasado, y yo, para impedirlo, indagué todo lo que se me antojó sobre su oficio. En medio de estos interrogatorios, me habló de un aparador con cubierta de mármol, una mesa frailera, la piña central, otra de correderas, los tableros adicionales, una de alas, dos sillas enjuncadas, un mueble chino, y siguió enumerando la lista completa de hallazgos que yo escuchaba con deleite, como un poema.

De pronto, luego de un velador Imperio y coronaciones, se refirió a una cabeza de cera de factura impecable, una verdadera obra de arte.

Creí desfallecer, sentí que se reducían mis piernas, que el camino se volvía pantanoso, me tomé de un brazo, me transpiraba la frente a borbotones.

—¿Una cabeza de cera? —le dije.

—La adquirí en una botillería de Barrancas, estaba rebanada en el cuello, el pelo natural, los ojos de vidrio, más vivaces que los suyos —al mirarme presentí le turbaba el parecido, pero se sobrepuso y continuó su historia—. La envolví en unos pañales, la metí en una bolsa, me la llevé y la vendí al cura de Cuncumén, quien, al verla, la adquirió pensando que con ella podía armar un santo e introducir entre sus ropas una reliquia de tiempos inmemoriales que no había encontrado su lugar apropiado en el templo.

Reunió el cura a un grupo de mujeres, beatas todas, encargadas del altar, del cambio del agua de los floreros y el remiendo de los ornamentos sagrados; entre todos acordaron confeccionar el muñeco, un San Tarcisio, abrir un espacio bajo el altar mayor y allí reclinar tras un vidrio, en un cojín de felpa, al santo, o sea, la cabeza de cera vestida. Tuvieron problemas con las manos, pero una de las feligresas, la encargada del armonio, les sugirió enguantar unas de madera que andaban sueltas por la sacristía. Hicieron un traje de mártir romano; como la cabeza les pareció un tanto adulta, le rebajaron un poco las mejillas, dulcificaron la expresión de la boca, cubrieron las arrugas de la frente, afilaron la nariz, todas estas reducciones efectuadas con sumo tino. De ello se encargó el sacristán, viejo amigo mío, que fabrica las velas sumergiendo cordeles en cera hirviendo. Una vez que estuvo con su traje rojo, toga viril de mangas acuchilladas, la cota de malla y las sandalias, le abrieron el costado y allí dentro cosieron la astilla del fémur, traída directamente desde Roma en tiempos de Benedicto XV. Ciñeron sobre la frente una corona de laurel, también de cera, tan perfecta la imitación de las hojas, tan igual el color, que parecía real.

El mantel del altar, que antes llegaba hasta las mismas gradas, lo acortaron para dejar a la vista el santo tras la vitrina, y como la misa ahora no se oficia como antes, nada perturba su exhibición; además, dentro de ese nicho han conectado una ampolleta eléctrica para realzar sobremanera el efecto del cuadro plástico.

¡Mi cabeza, mi cabeza!

Me cubrí los ojos, no quería oír más sobre el asunto, pensé suspender el viaje, ¿quién lo diría? Vendida, transportada, como la de Holofernes, la del Bautista, la de Medusa, la de Dioniso, Sorel, Dantón, Capeto y tantas otras; al abrirlos, mi sorpresa fue todavía mayor, el comerciante en objetos antiguos no estaba en ninguna parte, se había hecho humo, me pareció increíble. Acudí a un bosquecillo que corre paralelo al camino, nada: el hombre había desaparecido. No soplaba

una brisa y, sin embargo, un arbusto comenzó a agitarse como si lo remecieran. Temblé, paralogizado, lívido, vi de pronto una rama que colgaba sobre el sendero, incendiarse sola, una llamarada que hizo crepitar las hojas y el gancho, como si un rayo le hubiese caído encima.

Sobreponiéndome, eché a correr, sin mirar atrás, jadeante, llegué hasta donde el camino se bifurca, lugar desde el que se percibe el valle.

Un toro negro, salido de no sé qué escondrijo, me cerró el paso. Me santigüé, el animal se desinfló cual si se tratara de un globo, cogí un par de ramas, las até en forma de cruz y, con ella en alto, continué el viaje.

A mis espaldas sentía la voz del comerciante que no cesaba de susurrarme incoherencias, suciedades, sandeces, la lengua tan revuelta que expulsaba todos esos horrores a medidas. No me atrevía a volverme, sólo pensaba en llegar al bajo. Cuando divisé las primeras casas de Cuncumén, se me puso por delante, las cuencas vacías, la boca verde, pútrida, las manos al revés y feas, le acerqué la cruz, arriscó los labios en un gesto de repulsión indescriptible, se volvió una rata grande y sarnosa. Me estiró un boleto, como no lo cogiera, lo dejó caer al suelo. De nuevo se esfumó, mi intención fue pasar de largo sin mirar ese papel que me atraía como una proposición deshonesta; al fijar los ojos en él, mi mano soltó el crucifijo y en su reemplazo tuve esa entrada. No supe más, perdí el conocimiento, el control, una fuerza violenta me llevó con una velocidad inaudita hasta depositarme bajo la marquesina de nuestro primer coliseo.

El gentío me empujó, me vi vestido como jamás en mi vida, hasta descubrí en mi diestra unos anteojos recubiertos de concheperla. El acomodador me abrió un palco de cueva.

Dentro, ese espacio bullicioso y perfumado me tranquilizó; las luces a medio encender mostraban difusos los bandejones repletos de público que cargaba una docena de ángeles dorados sobre el doblez de sus alas.

Todo fue muy repentino, tras el último timbre se oscureció esa inmensa herradura. Sólo permanecieron encendidos los ventanucos de los palcos como una fila de Polifemos atentos. El interés se centró en la obertura. La reconocí de inmediato, me era familiar, tanto, que alcé la voz para repetir, intentando dejar el lugar: ¡el *Fausto*, de Gounod! Pero me rendí; junto a mí se sentó el amigo Albrecht, afeitado, de etiqueta. Vengo de bacán, me dijo. Anclándome al apoyar su mano como una plancha sobre mi muñeca, me quemó. La representación ni siquiera era con los cantantes traídos desde fuera, se trataba de la versión local,

criolla, así es que los trajes usados por el tenor, la soprano y el barítono se veían adaptados a la ligera en sastrería, brujones, pliegues, alforzas, recogidos, pespuntes, bastas, pinzas, ruedos de más, un par de zapatos de tacón rojo, que Mefistófeles usaba con dificultad y que torcía al dar el tranco, las puntas rellenas con papel de diario. Durante el entreacto, al intentar dejar el palco por segunda vez, la mano hirviendo me sujetó. Entonces me topé con un rostro congestionado por las lágrimas, llanto copioso que se evaporaba al correr por sus mejillas.

La escena del jardín. El público no advirtió que Albrecht cantó espléndidamente todo el segundo acto, tan notorio el cambio, que el paraíso alborotado interrumpía a cada instante con vítores y aplausos (el barítono legítimo amordazado en el camarín). Aproveché que el diablo estaba en escena, con Fausto y Margarita, y salí al pasillo, pero al llegar a la puerta rotatoria de cristales, ésta se transformó. Los grandes espejos del foyer no reflejaron mi persona; las estatuas y alegorías de mármol movían los labios. Perdí nuevamente el sentido y al despertar me encontré en medio de la plaza de Cuncumén. No tuve el valor de ingresar al templo y comprobar si realmente me encontraba de espaldas bajo el altar mayor.

Agotado de tanto ajetreo, me recosté en un escaño y me dormí. Al despertar, la tarde había avanzado, las puertas del templo aparecían abiertas, tuve temor de entrar y ver el San Tarcisio; desde mi lugar escuchaba el cántico ingenuo de los feligreses de un pueblo aún colonial, perdido entre cerros solos. Mientras me aproximaba, el sendero se iba volviendo polvo y viento entrelazado encima de ese terraplén pobre.

Entré, todo era penumbra, pátina en los muros, plintos de terciado, figuras de yeso, flores de papel; al fondo el altar sobre escalones y desniveles de madera.

Efectivamente, tras un vidrio, mi cabeza rejuvenecida reposaba, vestida de mártir sobre un cojín carmesí, las manos enguantadas junto al pecho. Entonces me volví y enfrenté a los fieles que, recogidos muchos de ellos, creían aquello un cadáver incorrupto, un milagro.

—¡Ése soy yo, soy yo! —grité a voz en cuello.

El sacristán acudió en busca del párroco, un hombrecillo menudo, comedido, que se restregaba las manos; se acercó y me condujo mansamente hasta la puerta.

—Ésa es mi cabeza —le dije—, ése soy yo —el cura asintiendo pensó que al llevarme el amén, el escándalo no pasaría a mayores. Me despidió frente a la plaza.

—Ése soy yo, es mi cabeza —el párroco me observó a través de sus gafas, unos ojos inmensos, y guardó silencio. Esa noche, cuando intentaba dormirse, rememoró el incidente. Intrigado cogió una linterna, fue hasta el templo y enfocó al mártir. Presa de un susto de proporciones, dio un grito y no se azotó contra las baldosas, ya que un feligrés rezagado emergió de las sombras y alcanzó a tomarlo.

Desmayado, el camisón arremangado, las canillas al aire, lo arrastró hasta introducirlo en un confesionario. Una vez que lo acomodó, se hincó tras la ventanilla perforada y exclamó en medio de grandes risotadas:

—¡Me confieso, padre mío, de ser el mismo coludo, el conocido diablo, el avieso, el malo!

Si en lugar de una linterna, el párroco hubiese llevado una palmatoria, de seguro que ese templo hubiese ardido como yesca por los cuatro costados.

Lo cierto es que desde que vi la cabeza tras el vidrio, tuve serias dudas de que fuese la mía; pero así y todo insistí en ello por el inmenso deseo que tenía de encontrarla. ¿Sugestioné al cura con mi vehemencia? ¡Y eso que la duda no era su fuerte!

—¡Me duele tanto la cabeza!

—Pónte dos rodajas de papas en las sienes y una hebra de lana alrededor de la muñeca.

SAN TARCISIO

Todo sucedió de este modo:

Yo, Marcos Crassus, que por ese entonces frisaba los catorce años, fui quien inició a Tarcisio, algo menor, en el aprendizaje del oficio de acólito. Ambos éramos hijos de familias senatoriales, así es que nuestra fe cristiana debíamos disimularla, y muchas veces, Tarcisio como yo, estuvimos obligados a arrojar bolas de incienso o reverenciar el lar de la capilla familiar.

Sin embargo, al caer la tarde, las sombras favorecían nuestra huida a los escondrijos donde bajo la tutela del sacerdote, ayudábamos en la Santa Misa a escanciar el vino y el agua en el cáliz.

De mis labios aprendió Tarcisio las respuestas al oficiante, y a alumbrar con la lámpara el recorrido de Nuestro Señor, cuando iba al corazón de los hermanos; pero sabido es que no sólo los allí presentes

tenían necesidad de la comunión, sino también los enfermos, y sobre todo los prisioneros que durante tantos meses el César encerraba en las bóvedas de la planta baja del Coliseo.

Me refiero a los tiempos en que Celadus aglutinaba gran algarabía de público en el circo.

Tarcisio era un joven de complexión algo frágil, aunque flexible, debido a su desarrollo prematuro.

A pesar de ser dos años menor, me superaba en porte. Era loco por los perros, y con habilidad prodigiosa amaestró uno que le seguía a todos lados. Llevaba sus iniciales en un collar, prolijamente cinceladas por él.

Me aventajaba en la escuela. Sus tablillas eran dignas de un maestro, sabía de números, de poesía e historia, y con paciencia infinita recuerdo que reparó el mosaico del peristilo de su casa, que se encontraba deteriorado. Representaba los trabajos de Hércules. Yo, bajo la columnata, observaba su habilidad y gusto. Como el lucernario era mezquino y la puerta de entrada estrecha, escogió colores vibrantes para que en esa penumbra resaltasen.

A veces la pileta rebalsaba y el agua se escurría, lo que aflojaba las piezas recién ajustadas del diseño, pero Tarcisio jamás demostró impaciencia; por el contrario, sonreía y otra vez armaba la escena pagana y sus figuras, que el polvo y el trajín de los suyos habían estropeado.

Sucedió, en una de esas sesiones de restauración, que me pidió conocer los Evangelios, como si ese afán, esa curiosidad fuese más fuerte que su propia voluntad de aprenderlos.

Me pareció una fe ciega, que pugnaba por volverse viva. Así es que muy luego que tomó el bautismo, hizo su primera comunión y desde ese día insistió en permanecer junto al altar y asistirlo en sus pormenores. Se ofrecía de voluntario para llevar al Santísimo donde quiera que lo requerían.

Innumerables veces los esclavos conversos de su casa mintieron cuando sus padres indagaban por su paradero. Sacrificó horas de recreación por asistir de ese modo a los ancianos y los enfermos; con qué unción lo vi ocultar entre los pliegues de la toga el pan bendito, que sabía conducir con un primor y al mismo tiempo con una diligencia y astucia que superaba a los ojos que vigilan la calle.

Atravesaba Roma de noche cuando sus padres lo creían profundamente dormido, o se capeaba la temporada de los baños, de las cacerías, del mercado o los juegos de la plaza.

Incluso muchas veces descuidó la escuela para realizar esa encomienda urgente.

Esa tarde íbamos los dos; yo atrás, Tarcisio adelante, pero a corta distancia. Nos habían encomendado llevar el Señor al circo.

Era él quien entre sus ropas lo guardaba. Todo recogimiento. Una silueta agazapada, nítido su recorte ante el encendido y deshilachado ocaso del día.

La Via Apia es dura de transitar por la irregularidad de su adoquinado. A diario dan cuenta de ello las legiones y los carromatos de provincia.

De una fiesta privada retornaban ebrios unos músicos tocando flautas de caña y trompas de bronce. Una mujer de aspecto ordinario y lenguaje soez nos interceptó el paso. Golpeaba los crótalos y bailaba al son de una flauta doble que tañía uno de ellos, que era ciego. Fue entonces que un gigantón mal vestido se plantó enfrente de Tarcisio, y provisto de unos címbalos de bronce, comenzó a amedrentarlo, ensordeciéndonos, impidiéndole continuar el camino.

Yo, debo confesarlo con vergüenza, me desligué un tanto de la situación, hice creer a esa comparsa delirante que recién me sumaba al bochorno.

Entonces la bailarina se acercó a Tarcisio y creyendo que éste escondía algo de valor entre sus ropas, ya que contra el pecho oprimía ambas manos, intentó quitárselas de allí, pero Tarcisio no cedió, intensificando la protección al Señor.

La mujer llamó al hombre de la pandereta, algo le susurró al oído, y éste le dio un empellón a mi amigo. Tarcisio vaciló entre esas peñas desiguales, pero se mantuvo en pie, las manos siempre custodiando con mayor ahínco aún lo que guardaban sus ropas. A esta agresión se sumó el de los címbalos, que parecía soldado, quien le propinó otro empujón, esta vez desmedido, que hizo caer a Tarcisio contra el adoquinado. Como lo hiciera sin abrir los brazos, se azotó la cabeza y bañado en sangre, intentó levantarse, pero los músicos lo patearon sin tregua y en pleno rostro, tan sin freno, que la mujer en un momento intentó disuadirlos, pero ellos, enceguecidos, le daban al cráneo una y otra vez con la esperanza de que Tarcisio abriera los brazos y exhibiera el botín que con exagerado celo llevaba junto al pecho.

Sólo muerto los abrió, en tanto un hilo de sangre se escurría lento por entre esos desniveles.

Los delincuentes se abalanzaron como bestias hambrientas a hur-

gar entre sus ropas, pero no hallaron nada: el Señor ya no estaba ahí, había desaparecido junto a la vida del mártir.

La comparsa se miró desconcertada y huyó, dejándome solo con el cadáver.

Consternado lo cargué, y con la ayuda de un desconocido, y sin decir nada a nadie, lo llevamos hasta el cementerio de Calixto, donde esa noche le dimos sepultura.

Desde esa fecha y sin interrupción, he visto carros detenerse ante el sitio donde cayó Tarcisio, aurigas descender y mirar fijo esas cuatro piedras, mercaderes que al amanecer transitan la Via Apia desviar las bestias al extremo opuesto, jinetes soslayar igualmente aquel tramo, carrozas, sillas, nunca pisar esas peñas, norma que muchos ignoran, pero que igual cumplen.

Esas piedras no se dejan tocar. Ni la más compacta de las legiones, o vistosa comitiva de un patricio, o el paso de los centuriones, deja de desorganizarse allí. Hasta los bueyes se desentienden de la picana, el caballo se encabrita y la mula ni siquiera con la cabeza cubierta con la capa y a tirones de la brida, adelanta el paso.

Todos hacen un rodeo, como yo, que lo realicé en el momento en que debí estar a su lado. Nada me consuela, no hay día en que no acuda hasta la Via Apia, donde los animales me señalan, con su reverencia, mi imperdonable cobardía.

Esto me narró una sombra que acongojada solía yo encontrar de rodillas ante el Tarcisio de cera.

—No sabe usted, amigo Camondo, me decía, cómo envidio el hecho de que su rostro de cera haya servido de doble a tan entrañable figura. A mí en cambio, los cielos me han asignado el Purgatorio, donde ni siquiera el dolor tiene fuerza. En mi estado neutro, sin embargo, encuentro un relativo consuelo en sentarme ante esta réplica, le hablo, me justifico, le imploro perdón, a veces pienso que girará la cabeza hacia el lugar donde me encuentro y perdonará mi traición. Pero sus facciones son tan distintas, este rostro nada se asemeja al genuino, no se ofenda usted, amigo, es que Tarcisio era tan diferente. Cómo será de grave mi culpa, que hasta esta falsificación burda hace oídos sordos, y no obstante, aquí es donde suelo permanecer la mayor parte de mi tiempo. Así es el Purgatorio, amigo Camondo, una mediocre réplica de lo auténtico.

Os dieron su nombre, os lo han prestado, como cuando el actor mejor, escéptico y vicioso, maquillado, se transforma e interpreta un papel modelo.

CUNCUMÉN

Me instalé de allegado en casa de Filomena Salas, la Chica Nana, una vieja diabética que me encontró en el mercado de Cuncumén.

Ni siquiera me dirigió la palabra, se entendía con el resto por medio de musarañas, pero muy expresivas. De ese modo me invitó a lo suyo.

Vivía a las afueras del pueblo, en unos terrenos baldíos que enfrentaban una cancha de fútbol, hundida, siempre anegada, y el cementerio. Este último, pequeño, circundado de muros bajos, que guardaban además de las tumbas, unos cipreses tristes, gachos, de luto, exentos de pájaros y viento.

La vivienda de la Filomena casi no se diferenciaba del lodazal que la sostenía, como si al barro le hubiesen añadido techo, puerta y ventanas. Se componía además de unas piezas con piso de tierra, un corredor de postes desiguales y un reducido jardín, el que por señas me indicó desmalezar y ocupar para partir la leña.

Estaba muy enferma, así es que antes de que el sol prendiera las lomas de Cuncumén, un practicante ingresaba a la pocilga, aromatizando el corredor con olor a alcohol, friccionando ese culo fláccido que pinchaba fríamente.

Hablaba a solas, al parecer se dirigía a sus padres cuyos retratos oblongos pendían a la cabecera de su cama.

En uno de los cuartos había un sofá victoriano cubierto el respaldo con un mantón de Manila. Ambos detalles contrastaban con el resto del mobiliario: media docena de sillas heterogéneas —cuyos travesaños servían de sostén a las gallinas— y una mesa rústica hecha como a cortes de lezna más bien que de guadaña.

Una serpiente en un frasco, que ingería leche y otras inmundicias, era el único animal doméstico de la casa.

Tal vez el sillón y la mantilla fuesen herencia de un pasado remoto que se hacía allí presente por medio de esas embajadas.

Comía en silencio papillas insulsas, manzanas, verduras, a lo lejos un trozo de carne, evitando una serie de alimentos que le estaban vedados. Tuve que adaptarme al régimen, porque era eso con lo que llenaba los platos que disponía sin ningún orden ni primor sobre la mesa.

Cuando almorzaba dejaba la puerta de calle abierta, y en lo que exhibía el vano, un peladero de piedras y un arbusto gacho, fijaba la vista.

Un día me explicó que sólo tenía ojos para ver el pasado, y que mientras comíamos se entusiasmaba con evocar un verdadero corso de fantasmas.

Por las noches tampoco cerraba su puerta, y cuando me dirigía al dormitorio la veía siempre insomne, de espaldas, mascullando incoherencias, la mirada fija en el cielo raso de coligües.

El practicante se llamaba señor Reyes, usaba un parche en un ojo y acarreaba la jeringa en un maletín aporreado, cuyo broche sonoro me indicaba lo que estaba aconteciendo a esas nalgas escuálidas.

Mi trabajo consistía en picar leña y atar pequeños haces que iba acomodando bajo la alacena.

Además, barría el patio, podaba y en el tiempo libre, que era excesivo, me sentaba a la mesa, inmóvil, temeroso de que esa mano, de pellejo traslúcido y venas montadas sobre huesos, me mostrara la salida.

No me atrevía a echarme a dormir en el camastro. Al aproximarse la Navidad, me indicó por señas que bajáramos al pueblo. Como advirtiera que no estaba vestido en forma, sacó debajo de la cama un baúl y de éste una chaqueta de hombre, arrugada, hecha una ruina, con las solapas pasadas de moda, y me obligó a que me la pusiera.

Así lo hice, y descendimos, ella con un sombrero de pita picoteado en el ala, y yo con ese enorme vestón que me llegaba a las rodillas y me cubría las manos.

Me llevó a la iglesia, evité hablarle del San Tarcisio, lo que habían hecho con mi rostro, la historia del comerciante en muebles.

Llamó mi atención que afuera del templo, donde se inician las gradas, habían instalado un cuadro vivo del pesebre; una ramada de hojas secas de palmera, y bajo esa sombra, y sobre paja esparcida, una joven, alumna predilecta del liceo, permanecía inmóvil, un tanto gacha, las manos en actitud teatral haciendo el papel de María. A su lado, un joven con barba postiza y apoyado en un palo, también estático,

representaba a San José. El niño Dios era un delicado muñeco de loza que, según el comentario de los curiosos, pertenecía a la mujer del alcalde.

En un corralón aparte, unas cuantas ovejas pastaban impávidas.

No había reyes, ni pastores.

En el momento en que la Filomena me tironeaba de una manga para regresar a casa, vimos con sorpresa a una joven hermosísima, envuelta en una túnica blanca, que portando un par de alas de cartón bajo el brazo, atravesó las varas y se integró al grupo.

San José se las colocó a la espalda de inmediato, y ella a su vez sosegó sus cabellos con un cintillo dorado en el que refulgía una estrella. Una vez completo su atuendo, se ubicó tras el niño en una actitud tan entregada que me sobrecogió.

Jamás había visto beldad semejante.

Se comentaba allí que se trataba de la hija de Pompeyo Carranza, millonario de la zona, que vivía también como nosotros un tanto a las afueras, pero en un verdadero palacete, cercado de imponentes muros, que no sólo guardaban a la vivienda, sino a un parque majestuoso, silencioso y sombrío donde convivían las más heterogéneas muestras de una naturaleza exótica.

Como la anciana advirtiera mi embelesamiento, me dejó y sin decir nada, regresó sola a su casa.

Cuando llegué, advertí que ya no era un huésped grato, la puerta de su dormitorio permanecía cerrada. A la hora de la merienda sólo desparramó pan duro en mi puesto. El señor Reyes se sumó al desprecio, la pinchó en medio de susurros que no cabía duda se referían a mi persona.

Incluso la vieja quitó del respaldo del sillón victoriano el mantón de Manila, también de los muros unos abanicos pintados, como queriendo dar a entender que me había perdido la confianza. Además, ella misma cogió el hacha y doblados en dos esos huesos, cortaron la leña.

Me impresionó la fuerza, la violencia con que efectuó la maniobra.

Al dirigirse a los retratos de la cabecera, lo hizo a voz en cuello, detalle que me obligó a enfrentarla. Entonces, sin darme una explicación satisfactoria, me dijo que necesitaba la pieza, y que allí se trasladaría una sobrina muy enferma, procedente de San Antonio.

Como no tenía defensa, un buen día me largué. Antes puse a horcajadas sobre el respaldo de la silla la chaqueta prestada.

Al enfrentar el cementerio, comencé a adivinar el trasfondo de

estos insólitos hechos. La visión de esos pinos piramidales, que como deudos se sumaban a la desolación del entorno, me los explicaron. ¿No te das cuenta, Camondo, que has convivido a diario con la misma muerte?, ¿que te sirvió la mesa, que pernoctaste en un cuarto contiguo, que te vistió con la chaqueta de un difunto? ¿No sospechas acaso quién era ese tal Reyes, y si realmente pinchaba a la vieja, o sólo hacían el simulacro cuando se encerraban bajo llave? ¿No te intriga que se presentara con un parche en un ojo antes de que el sol asomara por sobre las blandas lomas de Cuncumén? La muerte te dejó ir, Camondo, estuvo a punto de traerte a este sitio húmedo, que hace que el viajero solitario que lo transita vuelva la cara, evite mirar las cornisas de las tumbas y parte de las cruces que asoman por sobre el muro desaplomado y mezquino que, como a nosotros, las encierra. ¡Cuántas veces no hemos visto de noche a esa vieja mala, esa tal Filomena, merodeando entre las lápidas!

La muerte al parecer no toleró que me prendara nuevamente de la vida, representada en ese cuadro plástico de Navidad, a las puertas de la iglesia.

Esa noche, una vez que el ángel dejó el pesebre, lo seguí hasta la mansión sombría que guardaban esas gigantescas y solemnes rejas.

Al aproximarse la joven a esos barrotes, la alcancé. Ella no manifestó ningún temor ni rechazo; por el contrario, como si me hubiese conocido desde siempre, me pidió le sostuviera el par de alas mientras tiraba del cordón de la campanilla.

El mayordomo, vestido de uniforme, abrió y la condujo por un sendero enmarañado por el que ambos desaparecieron. La joven había olvidado sus alas, y yo con ellas en la mano, no atinaba a nada.

Rehusé dejarlas tras los barrotes, sentí unos deseos irresistibles de probármelas, así es que para evitar que me vieran, me oculté tras un enorme castaño que se levanta enfrente y me las coloqué a la espalda.

Apenas lo hube hecho, escuché otra vez la voz de la joven, que de vuelta en la reja, las solicitaba a gritos. Como vio que nadie le respondía, abrió y salió fuera. Permanecí agazapado contra el árbol, las alas apuntando al firmamento. Luego de transcurridos unos minutos, dio con mi escondrijo, me miró severa, dándome a entender que se las devolviera. Algo me retuvo, me resistía a quitármelas, pensaba que con ellas me cambiaría la vida. Entonces el ángel se retiró y regresó con dos matones, un par de bellacos que a empellones me despojaron no sólo de las alas, sino de la camisa.

Cuando quedé solo, vino hasta donde me encontraba un jilgueri-

to saltarín que movía insistente su penacho, insinuando que me cedía las suyas, que eran mucho más efectivas que las del ángel, no tan ostentosas tal vez, pero más reales, que también servían para dejar la tierra y remontar el cielo.

Soy pacalito, soy pacalito, se dijo.

¡Marieta!

¡Oh réplicas de un destino, de una pena, de la decisión heroica de haber dejado atrás arte y belleza! Qué soy sino un sobreviviente de un castigo a medias, incompleto: la cera, artimaña fallida de un cielo vencido, Apolo, Zeus, las tantas musas, un Caronte impago, ya sin voluntad siquiera para mover los remos y completar la barca con sombras sin vuelta.

Conozco de vista el puerto de ese averno anacrónico, sus escalones de hierro pulidos, como nuevos, que baña la laguna, la puerta baja siempre abierta que llaman «de la aduana», desde la que desciende un terraplén que abrupto se sumerge en quién sabe qué abismos. A la orilla de esa playa seca se vislumbran túmulos de ladrillos... grutas vacías, un gran espejo... Esos volúmenes, me explicaron, son simulacros de tumbas, hay criptas de familia, pirámides egipcias, pagodas chinas, moles que los diablos levantan con un dedo y distribuyen donde les place, armando cementerios de utilería. Se cuidan de las cruces y de las medias lunas, pero igual las fabrican con una cantidad impresionante de palos de fósforos que cubren con papel mantequilla.

Había un diablo joven que se le iban las manos, y en lugar de esos símbolos ajenos, fabricaba aeromodelos; los había visto en las jugueterías ricas. Ellos desconocen los aviones. Carón se indignó, porque sobre un panteón de alcurnia, encima de la cúpula, un helicóptero agitaba sus aspas como un remolino.

Ese panorama es el que se vislumbraba desde el portón abierto, junto a la escalera donde desembocaba el Aqueronte, ¡qué de sorpresas no habrá más adentro! ¡Cómo saberlo si es un río que nadie puede atravesar dos veces!

Con el ejemplo de Flegias, convulso de ira y de orgullo, me basta. No quisiera yo hundir la barca, los traslúcidos no pesan. Flegias hizo de Marte rey de los lapitas, indignado de la afrenta que Apolo había hecho a su hija, incendió el templo de este Dios en Delfos y fue condenado al infierno.

Yo, Camondo, fui menos lejos, sólo osé devolverle respetuosa-

mente su talento. Entonces me hizo de cera y me mostró la orilla del fétido pantano, la puerta de ese averno que tal vez en otra época habría yo traspuesto en el tránsito de la barca de los malos sobre el oleaje de las aguas estancadas.

LA SONÁMBULA

Me duermo, alguien que me remezca, mi pulso mengua, a trastabillones me arrimo otra vez a la reja inmensa que guarda ese parque solitario, imponente, sombrío; aferrada a los barrotes me aguarda el ángel, la joven bellísima, con el camisón blanco, el cintillo coronando sus sienes. Nos tomamos de las manos en un dúo de lágrimas, yo, el viejo Camondo, ella, la beldad sin par del pueblo.

—¿Me pintas mi retrato? —me dice como si una musa postergada susurrara esto al oído de su artista preferido.

—¿Un retrato?

—¡Inmortaliza mi parecido!

—Hace tanto que no tomo un pincel, ni embadurno el lino.

—¿Acaso por mí no lo harías? —y su voz es tan tenue que no sé bien si sale de sus labios o se trata de ráfagas del céfiro que silba entre los árboles.

—Un retrato, Camondo, ¿me lo prometes?

Sentí que esas manitas se amoldaban perfectamente a las mías.

Me dio curiosidad conocer su casa escondida entre el follaje, tras el primer recodo del sendero.

—¿Pintar yo de nuevo?, ¿negar algo a esa beldad, a esa virgen, esa sonámbula celestial que me lo pedía?

A punto estuve de asentir, caer en tentación, pero tuve la suficiente entereza de oponerme, moviendo la cabeza en uno y otro sentido. Entonces me encontré solo de nuevo, los brazos estirados al vacío tras los barrotes. Nadie, la joven no estaba, apenas el sendero de grava; hasta el viento se había recogido.

Al darme vuelta y enfilar hacia Cuncumén, vi a la niña de mis sueños a mi lado, esta vez seria, sin el cintillo, el pelo suelto, siempre vistiendo la túnica liviana.

Se me echó al cuello, no me la podía quitar, la rodeé con mis brazos, la hice coincidir con mi pecho hecho una ruina. Ella, la ingravidez misma, la cintura de nada, el roce de sus senos, sus labios que

buscan un beso, nuevamente me rogó una pintura, esta vez de cuerpo entero. Negarse ahora era hacerlo a unos ojos encima, a una palpitación que unía dos corazones.

—No puedo, rompo un propósito que responde a un pasado ya resuelto. No insistas, pídeme lo que quieras, menos que transforme la superficie de una tela.

Desapareció, me hallé perplejo, la verja estaba abierta, sobre los goznes chirriaron ambas hojas, una insinuación a transitar el parque y conocer la mansión.

En lugar de aceptar esa invitación temible, avancé en dirección al pueblo. Entonces la joven volvió a interceptarme el paso, completamente desnuda, el par de senos en sus manos, el cuerpo más armónico y decidido a todo que he visto en mi vida, no se trataba de la actitud de una modelo, era la hembra que se insinuaba con una necesidad imposible de no satisfacer; iba a aceptar, ponerme bajo sus órdenes, quitarme la ropa, ir a su carne, sentarme al caballete, manchar, bosquejar y completar el boceto.

—¡No —dije—, aparta, no puedo! —y la reja se cerró de golpe, no la volví a ver, sólo una lechuza dio un grito de muerte y cruzó el vano del cielo entre el follaje, con ese vuelo acompasado característico de esas aves de rapiña.

Iba sobre mi cabeza, llevando en sus alas la luz de la luna, la espuma del mar, las nieves eternas, todos los blancos que resisten la oscuridad de la noche.

Se alejó veloz hacia otros derroteros, vastas lejanías, en dirección quizás del entusiasta Sandro, que a esas horas, desvelado en el camarote de un barco, pensaba que con su arte deslumbraría al mundo.

Cuando observé el vuelo de esa última musa, insistente como ninguna, lejana, para siempre desilusionada de mi persona, retrocedí hasta la verja, empujé sus barrotes, me introduje en el parque, llegué hasta el recodo y pude ver el palacete, una simple fachada de utilería, una maqueta, repleta es cierto de toda suerte de ornamentaciones, pero sujeta por atrás con enormes soportes y tirantes de madera. Adelante órdenes, columnas, hasta un balcón sobresaliente encima de esa puerta principal que se abría hacia ninguna parte.

De ese sueño insólito, la virgen en las rejas, la lechuza en su vuelo sigiloso, me despertó el ruido ininterrumpido de una caravana de automóviles que iban ingresando al parque. Me acerqué de árbol en árbol para no ser visto, y pude observar atónito, como Alí Babá ante la cueva secreta, el esplendor con que Carranza recibía esa noche en su casa.

Cuatro mozos de librea daban las instrucciones a los choferes dónde debían estacionar dentro del imponente parque.

Tras las ventanillas, un tanto desfigurados por la rapidez, vislumbré invitados de gala, peinados sofisticados, diestras enguantadas aferradas a las manillas.

Un mayordomo con un elegante candelabro facilitaba el acceso, aunque sobre las mochetas donde giraban las rejas, un par de farolas iluminaban como de día esa noche sin luna.

Ese recibimiento sí que parecía un sueño; el que recién había tenido con la joven en un dúo tras los barrotes, carecía de la irrealidad del que estaba presenciando. Había conocido dioses de otros cielos, las vicisitudes del arte, la intensidad de la provincia, la majestad del mar, al mismo diablo, el martirio del Tarcisio, el pasado histórico, muchas situaciones, pero era la primera vez que me encontraba ante la opulencia, el poder, la seguridad que otorga el dinero.

Nunca antes sentí vergüenza de mi modesta apariencia, el descuido de mis ropas, mis cabellos en desorden, un montón de trapos lejos de la moda.

Pompeyo Carranza era sin lugar a dudas el hombre más rico de la zona y como tal no se medía en gastos cuando abría su casa.

Bajo el porche existía un terraplén techado donde los automóviles se detenían. Un botones abría la puerta y Carranza, erguido, enfundado en un smoking encintado, una camelia en el ojal, se precipitaba con la amabilidad estudiada de un príncipe a recibir al que ingresaba.

Más atrás Cynthia, su mujer, y su hija única, de cabellos dorados, recogidos; ahora había cambiado las alas y la túnica por un vestido de gala, discreto, pero en esa sencillez podía uno apreciar el gusto refinado de un diseñador experto. La guardarropía acumulaba pieles, capas, abrigos, sombreros, un hacinamiento que despedía un efluvio de perfumes revueltos e intensos.

La gran escalera era el punto clave. Sobre su alfombra, sujeta por barras de bronce, iban y venían verdaderos maniquíes, figurines, mu-

jeres intocadas, cuidados escotes, generosas espaldas, sonrisas distantes, miradas soñadoras, frases hechas, un observarse sin poner ninguna atención alrededor. Una verdadera pasarela.

Cruzando los salones se salía otra vez a la intemperie, ahora nos invitaba un extenso *long* de pasto bajo un toldo amarillo que cubría a la orquesta, al buffet, un par de braseros gigantes encendidos, atenuado el fuego, y mesas interminables de largos manteles repletas de exquisiteces y centros engalanados interrumpidos por candelabros de varios brazos, velas prendidas por puro gusto que hacían a la cera de colores chorrear sin freno, adhiriendo a la plata o derramándose sobre la flamante mantelería.

Dentro, en los salones, deambulaban figuras de oscuro, personajes que con nitidez reflejaban los grandes espejos, duplicando el cansancio, la soledad que a veces acarrea una fortuna importante, un apellido de alcurnia.

Se fumaba, se bebía, se armaban ruedos entre íntimos, que de pronto se dispersaban.

La gente más alegre rodeaba a la orquesta bailando en forma discreta.

Carranza, para amenizar el evento, comenzó a dejar caer monedas de oro dentro de las copas de champán, una jugarreta mal vista por los hombres, pero que sin embargo excitaba la avidez de las mujeres, que olvidando la compostura, se atrevían incluso a introducir la mano enguantada en el licor cuando el anfitrión se unía a ellas con el puño cerrado, repleto de esa calderilla de relucientes quilates.

A medida que las horas avanzaban, los invitados, relajados y al son de ritmos más movidos, se cogían de las manos y formaban enormes ruedos o, tomados por la cintura como un tren interminable, recorrían la casa, saliendo a la intemperie, subiendo las escalas, reingresando al parque, atravesando los salones.

Los dormitorios eran itinerario obligado.

El grito de una dama que se torcía un tobillo, un beso furtivo dado en una espalda al cruzar la penumbra del vestíbulo, indicaban el punto álgido de la chacota.

La cera encima de la mantelería, el amanecer subrepticio anunciando su arribo, palidez nefasta para el retoque facial. El rostro a esas horas sostiene mal los afeites, el negro de los trajes de etiqueta exhibe visos verdes, más de un tul desprendido de su ruedo, el sueño circun-

da de oscuro las cuencas y los párpados, sobre el plisado de las pecheras manchas feas, las corbatas de rosa pierden el nudo. Pero la orquesta, a prueba de cualquier fatiga, redoblaba sus bríos, dirigida por un animador falso que tras una sonrisa alquilada, cuenta las horas para pagarse y dar la espalda a esas comparsas que desprecia.

A medida que la noche avanzaba, me fui acercando a ese resplandor que emergía tras la copa de los grandes árboles.

Otra vez me pegué a los barrotes, nadie reparó en mí. Visto desde dentro parecería un prisionero en plena libertad.

Entonces, sin querer, al afirmarme contra esa verja, ésta, que estaba sin candado, cedió, se abrió, desafiando a los matones que la hija de Carranza el día anterior enviara a quitarme las alas. Entré.

El desorden me facilitó el recorrido; arribé hasta el porche donde me sorprendió ver dos cabezotas de mamut empotradas a cada lado de los arcos, trofeos de continuos safaris. La mampara de cristales estaba abierta; la traspuse, y ya en el amplio vestíbulo, observé a esos grupos de invitados que andaban tan en lo suyo que no repararon en mi atrevida irrupción. Incluso un mozo se me acercó con la bandeja y me ofreció una copa que rehusé. Envalentonado, crucé hacia la gran escala y en uno de sus peldaños, me senté; un seguro escondrijo desde el que podía observar cómodamente sin ser visto.

Fue en ese momento que se escuchó la voz de Pompeyo Carranza, que golpeando las palmas ordenaba apagar las luces. No alcanzó a insinuarlo y nos vimos iluminados por los candelabros.

La orquesta redobló sus sones y el dueño de casa, dando el ejemplo, se tomó de la cintura de Cynthia y otra vez se formó la cuncuna interminable a la que se iban integrando todos, tal así que una mano enjoyada de mujer me arrancó de mi lugar para sumarme a la cola. Me colgué de una cintura, en tanto la dama lo hacía de la mía y deslumbrado, fui circulando por esos ambientes mullidos, tapizados los muros de brocado rojo, los dinteles de las puertas recubiertos de carrara, los cielos pintarrajeados con escenas mitológicas de Marte, Venus, divinidades por mí conocidas, que al verme huían hacia unos escorzos solucionados a medias.

Los grandes espejos frente a los que atravesábamos, pesados, inclinados, sus marcos dorados con coronaciones complicadas, elevaban el piso, dándole un ángulo novedoso. El conjunto de retratos, la mayoría severos, almas en pena cuyos ojos nos seguían donde quiera que el alegre culebrón nos contorneaba.

Cansados, algunos renunciaban, y al salirse cortaban la cuelga, pero inmediatamente ésta se reponía, y continuaba esa alocada carrera donde el tul de los vestidos iba quedando atrás, rezagado, lejos del ruedo como vendas, bruma artificial.

Para dar por terminado el juego, de pronto regresó la luz a las arañas de cristal y todos reaccionaron, evidenciando su cansancio.

Fue cuando me encontré frente a frente al dueño de casa, quien sorprendido me examinó de pies a cabeza:

—¿Y este pililo quién es?

Una mujer ya de sus años, muerta de risa, un tanto entonada por los copetines, cogiéndome de la barbilla, subrayó la interrogación con una frase mucho más cáustica:

—Amigo, ¿es usted chancho que da manteca?

Busqué en ese momento un rostro al que pedir socorro, pero sólo vi expresiones solidarias para con el señor Carranza.

Entre los trajes negros y los de gran ruedo, la joven, el ángel, se abrió paso, me miró fijo y señaló con su índice acusador, forrado en cabritilla, un guante interminable que cortaba una pesada pulsera de oro de un antepasado. Ni siquiera abrió la boca.

Iban a cogerme del cuello, cuando ocurrió un hecho insólito. Irrumpió en el salón un invitado que recién llegaba; había perdido las señas del camino por la torpeza del chofer.

—¡Aníbal! —fue el grito unánime, y la atención viró hacia un robusto hombrón, que bajo el dintel de la puerta que lo enmarcaba, parecía un retrato de época.

Se trataba del Cónsul General de Chile en Nueva York, destacado diplomático de vasta trayectoria internacional. Para deslumbramiento de la concurrencia, exhibía una condecoración terciada al pecho, y, a diferencia del resto, sus modales cuidados, y una cierta distancia que cautivaba sin disimulo, le otorgaban esa típica actitud del diplomático de carrera, que para todos tiene una falsa y estudiada sonrisa a flor de labios.

Carranza dio unos pasos hacia el importante invitado, mientras con la mano daba instrucciones por lo bajo para que me expulsaran de la presencia de tan excelso visitante.

Pero no sólo para mi sorpresa, sino para la de toda esa concurrencia, el cuadro se revirtió, ya que el Cónsul miró por sobre el

hombro de Pompeyo y fijándose en mi deteriorada apariencia, exclamó:

—¡Camondo, vaya qué orgullo, pero qué haces aquí con toda esta burguesía! ¿Son acaso mecenas o sólo coleccionistas? ¿No sabes, Carranza, a quién cobijas bajo tu techo? Terminando este sorpresivo elogio, se me vino encima, echándome los brazos, palmoteándome. Acto seguido, me tomó por los hombros, en tanto una doble fila atónita se formaba, por donde lentamente me condujo ante el desconcertado Pompeyo.

—Ahora usted, mi célebre Camondo, me va a explicar, uno por uno, los cuadros de esta casa. Estoy deseoso de escuchar de sus labios la interpretación juiciosa de los diferentes maestros y sus respectivos estilos.

Así, atravesamos esa corrida de mujeres y hombres sorprendidos. A medida que avanzábamos, iba mi vista inquieta, deteniéndose en piochas, broches, cuentas caras, perlas, pedrerías, aros, gargantillas, dijes, cadenas, solapas de seda, botones, pulseras, solitarios, diademas.

Dejamos atrás el salón absolutamente inmovilizado, en completo silencio, todas las miradas fijas en nosotros, que nos dirigimos al escritorio donde Carranza poseía una pinacoteca de conocidas firmas.

Pompeyo, aprovechándose de que el Cónsul indagaba sobre sus óleos, ordenó le prepararan una mesa aparte, donde con gran empeño se dispuso la mejor vajilla.

—¿Por qué no me acompaña usted, Camondo? No me agrada cenar solo —expresó el diplomático, obligando a Carranza a ordenar otro puesto.

Y así, cenamos como si un rey lo hiciera con su artista favorito, solos, rodeados de la corte estupefacta, que en completo silencio seguía cada corte del cuchillo en el pavo, los labios en el borde del cristal, la punta de los dedos en el agua manil.

Como la fiesta languidecía, y ya no había modo de detener la luz diurna que irrumpía por cuanto orificio comunicaba el salón con el exterior, el Cónsul me ofreció gentilmente llevarme de vuelta en su limusina, que aguardaba la primera ante la puerta de la mansión.

Nos despedimos de tan selecta comparsa, y sin advertirlo, me vi sentado atrás en un coche de lujo, las cortinas corridas, un vidrio biselado aislándonos del chofer, quien, de riguroso uniforme, conducía.

—¿Adónde lo llevo? —me preguntó cuando ya habíamos dejado el parque.

Como viera que le respondía con un prolongado silencio, los ojos bajos, tristes, tratándose de un hombre cauto, acostumbrado a saldar situaciones difíciles, acotó en forma muy natural:

—Descuide usted, mi amigo, ya me lo dirá, tenemos todo el tiempo del mundo. Piense que el camino es largo, se ve cansado, deberíamos aprovechar de dormir, «hacer un cachorrito».

Y sin agregar más, se acomodó contra el respaldo de cuero. Cayó.

Por el camino de Santiago.

Cartagena, 1996-1997

Adolfo Couve
Narrativa Completa

Adolfo Couve va en camino hacia la leyenda. A su alrededor se tejen y desatan fantasías de muchos tipos. Su bella figura, solitaria, contradictoria, frágil, mil veces fotografiada en su antigua casa sobre el mar; su trágico final; la exposición retrospectiva de su pintura en el Museo de Bellas Artes, contribuyen a mantenerlo presente en un imaginario colectivo. Temo que la brocha gorda de ese imaginario —cada vez más gorda, cada vez más basta y más mediática— termine por arrasar del todo con los muchos matices de su obra, para dejar apenas un ícono del «consumo cultural», como pasa en estos días con Frida Kahlo o con Virginia Woolf.

Contra la ola irresistible del espectáculo, cabe tal vez el gesto de mostrar insistentemente el trabajo del artista: transformar al «público» de los medios masivos en «el lector» de las narraciones, en la mirada morosa que se detiene en los cuadros. Creo que eso se intentó con aquella retrospectiva, que se llamó *Adolfo Couve: una lección de pintura*. Y creo que eso es lo que se intenta en esta publicación, la de su narrativa completa, que recoge libros difíciles de encontrar y permite por primera vez una visión total de su trayectoria como narrador.

ADRIANA VALDÉS

ISBN 956-247-306-6
9 789562 473064

Seix Barral Biblioteca Breve